

Héctor Viel Temperley

Grawl
y Hospital Británico



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

Crawl y Hospital Británico

Dr. Jorge Abdo Francis
*Rector de la Universidad Juárez
Autónoma de Tabasco*

Francisco Magaña
Ernesto Lumbreras
Editores

Héctor Viel Temperley

Crawl
y Hospital Británico

COLECCIÓN
Carlos Pellicer



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

TRES MIRADAS A HOSPITAL
BRITÁNICO DE VIEL TEMPERLEY

Enrique Molina

Primera edición, 2003

D.R. © Herederos de HÉCTOR VIEL TEMPERLEY

D.R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Av. Universidad s/n. Zona de la Cultura

86040, Villahermosa Tabasco

ISBN 968-7991-97-6

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

El Hospital de Maqroll el Gaviro está en medio de pantanos, en lo tórrido, el de Viel el Legionario (otro prófugo) es, como lo sugiere su nombre, un ámbito de reclusión en medio del tráfico de la multitud, el tumulto y la indiferencia. Pero en ambos alcanza su mayor intensidad el conflicto esencial de la conciencia entre la realidad sensorial y la intuición de otra realidad trascendente, la confrontación entre la muerte o la nada y el esplendor, por eso mismo absurdo, de la vida. En esos recintos los planos se entrecruzan, se alternan continuamente, la tierra y el cielo se desubican, cambian de signo, la lucidez y el sueño crean una atmósfera ambigua en la que el ser pasa a otra dimensión, caracterizada por una especie de intensidad que de pronto ilumina las cosas y los seres con una luz casi sobrenatural.

¿Dónde está el pabellón Rosetto? ¿En el cielo o en el infierno? ¿En Buenos Aires o en el delirio? Por un instante es el cielo, *una larga esquina de verano, una armadura de mariposas*, impenetrable a lo temporal, donde la tenuidad y la delicadeza de las mariposas adquiere el temple del acero. Una especie de cielo personal que esa armadura defiende y en el cual el recluso está instalado con sus afectos y su dolor. Pero justamente es la enfermedad —*Tengo la cabeza vendada*— lo que lo instala en el paraíso, *Me han sacado del mundo*, y lo que abre la

posibilidad del milagro: *Mi madre vino al cielo a visitarme*. Así también la realidad de la muerte, *A veinte cuerdas de aquí yace muriéndose*, se transfigura, se convierte en una gloria espiritual: *Soy feliz*. Para el recluso el pabellón del infierno Rosetto es también la paz, pero una paz alcanzada por la conciencia trágica de la condición humana ahora recostada en *el pecho de la Luz* y en la gracia de la fe, que cambia todos sus valores, en una especie de epifanía que anuncia la verdad, en la que todo comenzará de nuevo, más allá de la miseria y el drama confuso de la existencia.

En torno a esta temática se desarrolla todo el texto. Del fondo del drama humano, de la confrontación con la muerte, se alza el resplandor de la fe que transforma todo el poema en una batalla del espíritu, en una desesperada experiencia de la intuición de lo Absoluto, vivida concretamente en ese centro del mundo que es el Hospital, en el que la realidad inmediata, con su intensidad sensual crea, paradójicamente, el sentimiento de una irrealdad total. “La verdadera vida está en otra parte”, decía Rimbaud.

Eduardo Milán

La reedición del libro de poemas *Hospital Británico*, de Héctor Viel Temperley (Argentina 1933-1987) en la colección “El pez en el agua”, de la UAM es un acontecimiento. Si seguimos la iluminación del también fallecido poeta argentino Edgar Bayley (“hay tanta riqueza abandonada”, dice Bayley refiriéndose a toda la riqueza, como inventando, de pasada, una posibilidad de sobrevivencia estética para las sociedades que no pueden acceder a la “nueva riqueza” de la actualidad), habría que revisar periódicamente lo desechado para no aumentar, al menos no conscientemente, nuestra ya desbordante lista de abandonos. La previsión de Valéry: “Los poemas no se terminan. Se abandonan” parece haber excedido el marco de la composición poética para alcanzar el ámbito de los libros de poemas. Sin embargo, la poesía espera.

A raíz de una operación en el cerebro, Héctor Viel Temperley escribió uno de los libros más conmovedores de la poesía latinoamericana contemporánea. El libro de un místico, escrito a causa de una experiencia mística. Hace diez años escribí un breve comentario sobre este volumen inmenso, publicado en 1986 por la editorial Per-Avi-Cygnó de Argentina. Lo que se pudo hacer en aquel momento (Gabriel Zaid se interesó especialmente por el libro e incluyó a Temperley en una antología de poesía religiosa publicada en *Vuelta*) fue

poner en circulación el libro de Temperley mediante fotocopias. Ahora se puede comprobar su existencia real debido a esta edición de la UAM.

Si se quiere “colocar” la escritura de *Hospital Británico* (“colocar”, hacer un lugar para un libro es, finalmente, la tarea de la crítica) en algún lugar previsto teóricamente, uno se encuentra con una imposibilidad real: el ejemplar de Temperley no encaja en la escritura poética previsible. Si bien es un libro escrito en forma fragmentaria y ordenado según una estructura reiterada, minimalista, la escritura fragmentaria que ahí se verifica no es la fragmentación a que nos acostumbró la literatura de este siglo, a caballo entre el cuestionamiento de la sintaxis y del mundo. La vanguardia latinoamericana en sus ejemplos mayores (Huidobro, Gironde, etcétera) practicó una fragmentación de la escritura pero en un sentido programático, de carácter modelico, preceptivo. Pocas veces la experiencia de la vida entró en la poesía, salvo, claro está, en el ejemplo paradigmático de *Trilce* (1922), de César Vallejo. Pero la propuesta de la vanguardia poética fue la mayoría de las veces resultante de una postura intelectual o, en el mejor de los casos, el producto de un juego lingüístico sobre el mundo, bien o mal realizado. Si bien la ambición lúdico-intelectual no quita mérito a la obra, cuando lo que se encuentra en el texto es únicamente la capacidad del buen malabarista, ocurre una suerte de indistinción, de masificación de la escritura que agobia al lector con una serie previsible de tics. La escritura de vanguardia, reiterada como manera, es *el otro tic*.

Denominar “mística” la escritura de *Hospital Británico* también supone un riesgo. En todo el texto está presente la divinidad como un referente que libera al hablante del encierro de la mente y de la omnipresencia de la memoria. Pero la

presencia de Dios no se asimila al nivel de la representación, de lo que “está ahí” de forma icónica, sino al nivel de todo lo que no está y se constituye como promesa de fuga, como promesa de “aire”. Dios es el camino para escapar, el conocimiento de la imposibilidad de circulación, el presentimiento de un espacio mayor que las cuatro paredes llenadas por el recuerdo. A esa sabiduría responde la estructura que Temperley le da a su libro: una estructura circular donde las formas regresan a plantear la posible fábula de la restitución.

En tiempos oscuros como los que vive la poesía latinoamericana, tiempos sin propuestas reales más allá de las combinatorias de las cartas que están sobre la mesa, Viel Temperley logró transmitir una poesía que satisface por momentos nuestra ya legendaria nostalgia de la verdad.

Sergio Chejfec

Muy poco es lo que sé de Héctor Viel Temperley; nació en Buenos Aires en el año 1933, y presumo que habrá muerto en 1987, en la misma ciudad. Conozco también un anecdotario reducido, indirecto, comentarios que mantienen el descuido del habla pero ya reclaman la fijación de la leyenda. Uno de ellos alude a un sujeto que guarda en su auto, siempre a mano, un juego de hachas. En el paisaje reiterado, a lo largo de la carretera recta, de pronto se detiene ante la presencia de algo, una sensación. El auto frena y el hombre selecciona el hacha adecuada, después se aleja internándose en alguna espesura. Junto al tronco levanta la cabeza y observa la fronda, no volverá a verla donde estaba. Comienza a hachar y se olvida del tiempo, flota suspendido alejado del lugar donde está; se obnubila en el impulso místico, todo el color es blanco. Otro episodio refiere al hombre acostado, con la cabeza vendada, tendiendo las manos hacia quien ha llegado a visitarlo.

El sentido de mi información se torna más incierto y escueto al tratarse de circunstancias aparentemente menos imprecisas: fue católico, de inclinaciones deportivas, perteneció a una familia tradicional —evidentemente de origen inglés—. *Hospital Británico* es su última obra, también es un hospital ubicado en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires donde Viel estuviera internado. Libro y hospital comparten el nombre como

asistentes puntuales a una cita previa, antigua y enigmática hasta el punto de presentar como profecías las circunstancias que llevaron a concertarla. El libro constituye un singular libro de notas, algunas de las cuales originalmente fueron versos.

Puede comprenderse o envidiarse el destino fatal de los poetas de ya nunca abandonar, mientras escriban, la poesía; pero pocas veces se tiene la oportunidad de comprobarlo. Viel Temperley exhibe aquí el modo paradójico de alcanzar la libertad valiéndose de la restricción, entendida como contención y monotematismo. Con unos pocos temas atraviesa los contornos, ya borroneados, de los géneros para invadir esa zona de angustia de nuestra conciencia, muy pocas veces activada, que nos sobresalta cuando no sabemos precisar si aquello que leemos bordea el enigma o la amenaza.

Pese a su brevedad, *Hospital Británico* posee una organización compleja y atiborrada. Hay dos comienzos, con múltiples expansiones hasta ser una sola. Hay mayúsculas, negritas, paréntesis, comillas, pero el texto mismo trabaja contra la jerarquía implícita en el uso de estos recursos. Hay subtítulos, pero su reiteración consecutiva sugiere otras motivaciones y las desmiente. En nota final, Viel Temperley señala las fechas y proveniencias diversas de las frases que componen el libro. Algunas pertenecen a poemarios anteriores y otras son inéditas; las no señaladas explícitamente con fecha fueron escritas durante el periodo que subtitula el libro: “Mes de Marzo de 1986”.

Este puntilloso control de las fuentes parece razonable, por cuanto el conjunto del texto invita también a esfuerzos filológicos, como si, a semejanza con la teología, existiera una verdad aguardando la depuración de su misterios. Sin embargo hay un párrafo, el último de la serie “Christus Panto-

krator”, que supera la indicación del subtítulo: está fechado como del Mes de Abril de 1986. Este exceso de un mes es la fuga de Viel, por cuanto podemos imaginar los sentidos posibles de la anticipación para quien padece una enfermedad sin retorno. El exceso obedece a un retroceso: hay frases, incluidas bajo el emblema “Tengo la cabeza vendada”, acompañadas de las indicación ‘textos proféticos’. Y este retroceso es la entrada de Viel, reuniendo como rastros las profecías de la enfermedad. El libro se presenta, así, de nuevo, como una profecía autocumplida, el punto incierto de coincidencia entre enfermedad y poesía.

La inspiración católica de los poemas de Viel constituyen uno de los rasgos que lo destacan del conjunto de la poesía argentina, en la cual la vertiente religiosa ha tenido pobres resultados estéticos. El tono enfático, la exaltación mística, la sensual minuciosidad del registro perceptivo, y un universo articulado alrededor del ocio de los llamados sectores altos, componen una mezcla también alejada de los tonos y las preocupaciones principales de la poesía argentina. Es notorio también cómo el campo, cantera de sentidos estéticos para la literatura argentina, en Viel no es colectivo, casi tampoco es naturaleza, sino que tiene una prefiguración más inmediata e individual.

Quizá el tono enfático, seguro de sí y de aquello que nombra, escasamente dubitativo y tan alejado de lo conjetural, característico de buena parte de la poesía de Viel Temperley y de *Hospital Británico*, encuentre parte de su razón en la presencia del Cristo Pantocrátor, figura que domina algunas notas del libro, observada e interpelada por el autor. Como se sabe, llevan el nombre de Cristo Pantocrátor las representaciones de media figura de Cristo, generalmente sentado; abun-

da en los artes románico y bizantino, y en la iconografía cristiana simboliza la versión *triunfante* de Cristo, al contrario de la *sufriente*, asignada al Crucificado. Quién sabe la naturaleza de las razones en las que esta elección se sostiene, pero quizá el clima de certeza y reivindicación, el tono imperativo incluso en el desconuelo, que se percibe leyendo a Viel estén misteriosamente irradiados o sostenidos en coincidencia con esta figura.

La calidad fragmentaria de *Hospital Británico* no deriva sólo de la proveniencia de sus frases o de la profusión de marcas tipográficas. El texto postula un extrañísimo mecanismo de variación y sustitución en donde se perciben resonancias, al igual que en la modulación oral de la lectura, del fraseo y repetición de la oración religiosa, e incluso de su función increpatoria. El libro se divide en motivos, disparadores a su vez de reiteraciones o de nuevos motivos, temas y citas que terminan aunados, merced al trabajo de yuxtaposición y reemplazo, en una zona grumosa de sentido, coloide espeso y grácil, indecible y familiar. Es entonces, cuando desde el texto nos llegan, como “esquirlas”, las resonancias o anticipos de los versos leídos antes o después, del mismo u otros libros, como aspirando a una poesía global, que percibimos el enigma bajo la forma de amenaza: nos inquieta intuir, ocultar tras los poemas, una forma de verdad inalcanzable tal como está presentada, pero sin embargo verificable.

Acaso la poesía necesite de esta incertidumbre —la oscilación entre presentar una verdad que se disipa apenas se descubre y descubrir como verdadero un conjunto arbitrario de razones o valores en definitiva disgregados— para alcanzar entonces su propio rango de certeza.

De acuerdo a este conjunto de rasgos tan brevemente anotados, Viel Temperley es un verdadero *rara avis* en el contexto de la poesía argentina. Para esta circunstancia se combinan tanto su escritura como su trayectoria, naturalezas que reunidas compondrían algo así como el *estilo del poeta*. Los primeros libros de Viel pertenecieron cabalmente al ámbito social y cultural de donde provino; después su propias entradas y fugas tornarían cada vez más excéntricos los siguientes. Quizá tampoco en la esfera del arte se vean libres del estigma los desertores; en todo caso la poesía de Viel abandonó su lugar imaginario asignado por origen y careció de tiempo u hospitalidad para instalarse o guarecerse en otro.

Todavía algo secretos, sus textos —y él mismo— lo serían bastante más de no haber sido por la labor de orientación realizada con generosidad por el también poeta y narrador argentino Rodolfo Enrique Fogwill.

Pondré su mano sobre el mar

Salmo 89, 26

J'attends les cosaques et le

Saint-Esprit

León Bloy

**EL ESPIGÓN MÁS LARGO, EL AVISO
Y EL CRAWL**

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis,
aunque comulgué como un ahogado,

mientras en una celda
de mi memoria arrecia
la lluvia del sudeste,

igual que siempre

embiste al sesgo a un espigón muy largo,

y barre el largo aviso
de vermut que lo escuda

con su llamado azul,
casi gris en el límite,

para escurrirse por la tez del mundo
hacia los ojos de los nadadores:

dos o tres guardavidas,
dos adolescentes

un vago de la arena que cortaron
con una diagonal

el mar desde su playa.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
junto al hombro del kavanagh y de cara

a la escuela de náutica
y al plátano

hacedores de fuego que me impiden
flotar con éste entre esos pocos hombres

que allá —solos y lejos con la punta
del espigón desierto—,

mecido como sábanas

y cobijando, ingrátidos,
la vida en ese extremo

de monedero roto,
de chubasco enfrentado,

desasidos de todo
piensan en el regreso:

descansan; se dan vuelta —en silencio—, y se tienden

otra vez boca abajo

con un brazo apagando los graznidos
de las gaviotas

y las alas.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
contemplo unas sábanas
que sólo de mí penden

sin querer olvidar que en esta balsa,
de tiempo que detengo y de escafandra

con pasos de mujer,
nunca fui absuelto

en el adolescente y en el viento

ni en la cuerda del crawl, que de los hierros
cavernosos comienza
a separarse;

ni siquiera en las manos deslizándose

ni en el agua —que corre entre los dedos —

ni en los dedos, ligándose despacio

para remar con aprensión
de nuevo

allí donde no hay mesa para apoyar los brazos

y esperar que alguien venga
desde su pueblo a visitarnos;

nadie fuma ni duerme, y —en días
de gran calma—

sobre el plato de un hombro

puede viajar un vaso.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
y no me está mareando un sexo, una fisura,

sino una zona:

el patio de esa escuela
de náutica sin velas —¡cuerpo solo!—

donde unos niños ciegos,
envueltos en miocardio,

con tambores y flautas
reciben a las costas;

la carne comentando,
ya hasta en la espalda,
el frío

—que asciende repentino donde parte el océano

• y las yemas, heladas,
en su Pudor se pierden—;

y el miedo que, en el vientre, de su piel hace párpado

—entre el ojo que tiembla
y el ojo del abismo—,

y es cordel, por el pecho, de la voz que naufraga

en el aire que hierva, despedido
como sangre,

en los pómulos tronantes.

Peces de cima,

cajas bamboleadas.

LAS ARENERAS, JESUCRISTO Y EL DESAGÜE

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
aunque comulgué con los cosacos
sentados a una mesa bajo el cielo

y los eucaliptus que con ellos
se cimbran estos días bochornosos

en que camino hasta las areneras
del sur de la ciudad

—el vizcaíno,
santa adela,
la elisa—

(a la sombra hay un loco, y hay un árbol

muy alto

y alguien dice “cristo en rusia”)

e insolado hablo al yo que está en su orilla,

ansío su aventura

en otro nombre

y a la hora en que no sé si tuve esclava
si busco a dios
si quiero ser o serme,

si fui vendido a tierra o si amo poco,

sé qué Él quiere venir pero no puede
cruzar —si no lo robo como a un banco
pesado de galeote—
esa balanza

que es tanta hacia ambos lados
atrancando mis puertas:

la abierta, marginal, no interrumpida
matriz sin cabecera
donde gateó la vida,

donde algunos gatean

y su alma sólo traga lo mismo que el mar traga:

aletas, playas solas e iguales, hombres débiles

y una pared espesa
de cetáceo y de fábrica.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
—De los labios colgado, o de la hostia—,

hospital retraído respirando;

Y, sangre en celosía, en ella dejo
pulsos, piel, carcajadas de cosacos
Que de mohamed no aceptan ser vasallos,

hasta besarme el Rostro en Jesucristo

Detrás de los cabellos del vago de la arena,
donde los confesores no caminan,

En mi conciencia, que tragué —sacrílego—

con Él, que ve el limón,
la cal, el sexo

—La puerta azul de gasa tijereteada, huraña,
de la casi casilla

que la belleza puso
En las costas del yo, que en sus muros enyesa

las huellas de gaviotas
de unas cuantas palmeras—

Y el ropero en la torre, el revoltijo de disfraces
ácidos contra pubis,
no en las perchas,

que fue el amor tardío

de un cajón de la tierra

Ya en Él, que hace mi ahora entre costillas
—como vendas de espacios sin memoria—

Dentro del caracol que usé de pecho
al lado de un diluvio,
en una mesa

De plana luz de Cuerpo descendido
y pétalos volando como llagas,

O en esa estrecha pieza, con un sapo,

donde brama el motor
y no entra el viento

Y a ojos bajos, garganta con naranjas,

treguas de voz,

se acercan los caballos.

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis
Y hacia otro hombre apuntan los prismáticos

De la escuela de náutica —que resistí— y del plátano

Que no sé más cuál es, que está en el puerto
con otros cien,

que un día fue ciruelo

O grito de novicia de piletas vacías
rotas por él allá,
después zureo

De torcaza escondida en los portones
calientes de un estadio en el suburbio

Mientras ellas traían la pobreza,
la señal del aborto, los cabellos,
las manchas de salitre y,
en las albas,

Óseo en mi rostro y largo como un tendón de aquiles
de muchacha de pueblo
que camina o que duerme,

Ese olor a infinito enverjado, pujante
junto al Crucificado
que ocupaba,

incorrupto,

La mitad de la balsa, del cerebro,
de las islas del techo
y del desagüe

—Que se arrastraba angosto, a cielo abierto,

igual que un regimiento entre violetas,

Con hilos de agua vieja, grandes hojas
de palmeras, tapitas de cervezas,

campanillas silvestres, mucho tiempo
sin Teresa, que amé a los doce años—,

y la mitad

del mar:
por
donde,

me decía,

Dentro de poco el sol sería un gallo
en un carro blindado,
y la cabeza

sobre plata
—enseguida—

del Bautista.

**LA CASILLA DE LOS BAÑEROS,
EL PISO Y EL HOMENAJE**

*A Ernesto del Castillo,
que me prestó un salvavidas.*

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis, hermanos
en reflejados días que tenían dos mares.

Sacristía con trigo de desnudos oyendo
un altar de colmenas. Única sombra.
Tablas.

Piso para las víctimas más grises del planeta.

Capillas sin exvotos:
Sólo mandíbulas de escualos

Y espejito con olas que nos ve entrar cansados:

En la gavia del tórax, como alas entre cantos
rodados —recogidos
de bruces—
los pulmones;

Y, en las ceñidas lonas, ladridos empujando

a mástiles de hueso
que no fueron quebrados.

Y yo —que pude en sueños o en misión escalarme

por serpientes de nieve
que iluminan

escondrijos de mapas
y capotes

Bautizando en las noches de las cumbres a un lago—;

y yo —que no quisiera
que esa tropa oscilara

demasiado o se hundiera
en el umbral del cielo—,

Aquí donde la novia de un buen mozo del muelle

se entregó por dinero
a las visitas

(Después de hablar los dos afueras, contra el viento,

una hora o dos horas
caminando, abrazándose)

Y a las siestas, de pie, los guardavidas

abatían la sal de sus cabezas

con una damajuana muy pesada,

De agua dulce y de vidrio verde, grueso,

que entre todos
cuidaban,

me adormezco

Lágrimas en la botella el mar se seca

Y hasta que la pequeña estufa es desatada

—y dejan de brillar
los pies oscuros—

Remolco sobre el hielo a una muchacha

(O en el piso, de nuevo,
veo sus pies,

de nuevo
no sé cómo

La estufa no les quema, ni sé cómo

no saben arder menos que ellos

la cintura

O la boca,

Entreabierta en las tinieblas;

Y como siempre llueve y los relámpagos,

en la ventana sucia,

son los de ella);

Y sé que lo que hicimos refulgía

y llamaba —ahora sé—
mientras lo hacíamos

Y yo no era su prójimo, ni mi yo era mi prójimo,

y su boca, gavilla

con hormigas
y tierra,

En los confines de tinta

Me sacaba del odio.

*CRAWL fue compuesto, en alabanza a la presencia
misericordiosa de Cristo Nuestro Señor, entre el 1ero. de
febrero de 1980 y el 24 de junio (Natividad de San Juan
Bautista) de 1982.*

HOSPITAL BRITÁNICO

Mi madre es la risa, la libertad, el verano.

Hospital Británico
Mes de Marzo de 1986

Pabellón Rosetto, larga esquina de verano, armadura de
mariposa: Mi madre vino al cielo a visitarme.

Tengo la cabeza vendada. Permanezco en el pecho de la
Luz horas y horas. Soy feliz. Me han sacado del mundo.

Mi madre es la risa, la libertad, el verano.

A veinte cuadras de aquí yace muriéndose.

Aquí besa mi paz, ve a su hijo cambiado, se prepara —en
Tu llanto— para comenzar todo de nuevo.

Hospital Británico
Mes de Marzo de 1986

(Versión con esquiras
y «Christus Pantokrator»)

Pabellón Rosetto, larga esquina de verano, armadura de mariposa: Mi madre vino al cielo a visitarme.

Tengo la cabeza vendada. Permanezco en el pecho de la Luz horas y horas. Soy feliz. Me han sacado del mundo.

Mi madre es la risa, la libertad, el verano.

A veinte cuerdas de aquí yace muriéndose.

Aquí besa mi paz, ve a su hijo cambiado, se prepara —en Tu llanto— para comenzar todo de nuevo.

Hospital Británico

La muchacha regresa con rostro de roedor, desfigurada por no querer saber lo que es ser joven.

Llevando otro embarazo sobre las largas piernas, me pide humildemente fechas para un lápida. (1984)

Hospital Británico

¿Quién puso en mí esa misa a la que nunca llego? ¿Quién puso en mi camino hacia la misa a esos patos marrones

—o pupitres con las alas abiertas— que se hunden en el polvo de la tarde sobre la pérgola que cubría las glaciernas? (1984)

Hospital Británico

Voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo. (1984)

Pabellón Rosetto

Aquella blanca pared nueva, joven, que hablaba a las palmeras de una playa —enfermeras de pechos de luz verde— en una fotografía que perdí en mi adolescencia.

Pabellón Rosetto

Soné que nos hundíamos y que después nadábamos hacia la costa lentamente y que de nuestras sombras de color verde claro huían los tiburones. (1978)

Pabellón Rosetto

Si me enseñaras qué es el verde claro... (1978)

Pabellón Rosetto

Es difícil llegar a la capilla: se puede orar entre las cañas en el viento debajo de la cama. (1984)

«Christus Pantokrator»

La postal tiene una leyenda: «Christus Pantokrator, siglo XIII».

A los pies de la pared desnuda, la postal es un Christus Pantokrator en la mitad de un espigón larguísimo. (1985)

«Christus Pantokrator»

Entre mis ojos y los ojos de Christus Pantokrator nunca hay piso. Siempre hay dos alpargatas descosidas, blancas, en un día de viento.

Con la postal en el zócalo, con Christus Pantokrator en el espigón larguísimo, mi oscuridad no tiene hambre de gaviotas. (1985)

«Christus Pantokrator»

La postal viene de marineros, de pugilistas viejos en ese bar estrecho que parece un submarino —de madera y de latas— hundiéndose en el sol de la ribera.

La postal viene de un Christus Pantokrator que cuando bajo las persianas, apago la luz y cierro los ojos, me pide que filme Su silencio dentro de una botella varada en un banco infinito. (1985)

«Christus Pantokrator»

Delante de la postal estoy como una pala que cava en el sol, en el Rostro y en los ojos de Christus Pantokrator. (1985)

Sé que sólo en los ojos de Christus Pantokrator puedo cavar en la transpiración de todos mis veranos hasta llegar desde el esternón, desde el mediodía, a ese faro cubierto por alas de naranjo que quiero para el niño casi mudo que llevé sobre el alma muchos meses. (Mes de Abril de 1986)

Larga esquina de verano

Alguien me odió ante el sol al que mi madre me arrojó. Necesito estar a oscuras, necesito regresar al hombre. No quiero que me toque la muchacha, ni el rufián, ni el ojo del poder, ni la ciencia del mundo. No quiero ser tocado por los sueños.

El enano que es mi ángel de la guarda sube bamboleándose los pocos peldaños de madera ametrallados por soles; y sobre el pasamano de coronas de espinas, la piedra de su anillo es un cruzado que trepa somnoliento una colina: burdeles vacíos y pequeños, panaderías abiertas pero muy pequeñas, teatros pequeños pero cerrados —y más arriba ojos de catacumbas, lejanas miradas de catacumbas tras oscuras pestañas a flor de tierra.

Un tiburón se pudre a veinte metros. Un tiburón pequeño —una bala con tajos, un acordeón abierto— se pudre y me acompaña. Un tiburón —un críquet en silencio en el suelo de la tierra, junto a un tambor de agua, en una gomería a muchos metros de la ruta— se pudre a veinte metros del sol en mi cabeza: El sol como las puertas, con dos hombres blanquísimos, de un colegio militar en un desierto; un colegio militar que no es más que un desierto en un lugar adentro de esta playa de la que huye el futuro. (1984)

Larga esquina de verano

¿Nunca morirá la sensación de que el demonio puede servirse de los cielos, y de la nubes y las aves, para observarme las entrañas?

Amigos muertos que caminan en las tardes grises hacia frontones de pelotas solitarios: El rufián que me mira se sonríe como si yo pudiera desearla todavía.

Se nubla y se desnubla. Me hundo en mi carne; me hundo en la iglesia de desagüe a cielo abierto en la que creo. Espero la resurrección —espero su estallido contra mis enemigos— en este cuerpo, en este día, en esta playa. Nada puede impedir que en su Pierna me azoten como cota de malla— y sin ninguna Historia ardan en mí— las cabezas de fósforos de todo el Tiempo.

Tengo las toses de los viejos fusiles de un Tiro Federal en los ojos. Mi vida es un desierto entre dos guerras. Nece-

sito estar a oscuras. Necesito dormir, pero el sol me despierta. El sol, a través de mis párpados, como alas de gaviotas que echan cal sobre toda mi vida; el sol como una zona que me había olvidado; el sol como un golpe de espuma en mis confines; el sol como dos jóvenes vigías en una tempestad de luz que se ha tragado al mar, a las velas y al cielo. (1984)

Larga esquina de verano

La boca abierta al viento que se lleva a las moscas, el tiburón se pudre a veinte metros. El tiburón se desvanece, flota sobre el último asiento de la playa —del ómnibus que asciende con las ratas mareadas y con frío y comienza a partirse por la mitad y a desprenderse del limpia-brisas, que en los ojos del mar era su lluvia.

Me acostumbré a verlas llegar con las nubes para cambiar mi vida. Me acostumbré a extrañarlas bajo el cielo: calladas, sin equipaje, con un cepillo de dientes entre sus manos. Me acostumbré a sus vientres sin esposo, embarazadas jóvenes que odian la arena que me cubre. (1984)

Larga esquina de verano

¿Toda la arena de esta playa quiere llenar mi boca? ¿Ya todo hambre de Rostro ensangrentado quiere comer arena y olvidarse?

Aves marinas que regresan de la velocidad de Dios en mi cabeza: No me separo de las claras paralelas de madera que tatuaban la piel de mis brazos junto a las axilas; no me separo de la única morada —sin paredes ni techo— que he tenido en el ígneo brillante de extranjero del centro de los patios vacíos del verano, y soy hambre de arenas —y hambre de Rostro ensangrentado.

Pero como sitiado por una eternidad, ¿yo puedo hacer violencia para que aparezca Tu Cuerpo, que es mi arrepentimiento? ¿Puedo hacer violencia con el pugilista africano de hierro y vientre almohadillado que es mi pieza sin luz a la una de la tarde mientras el mar —afuera— parece una armería? Dos mil años de esperanza, de arena y de muchacha muerta, ¿pueden hacer violencia? Con la humedad de tienda que vendía cigarrillos negros, revólveres baratos y cintas de colores para disfraces de Carnaval, ¿se puede todavía hacer violencia?

Sin Tu Cuerpo en la tierra muere sin sangre el que no muere mártir; sin Tu Cuerpo en la tierra soy la trastienda de un negocio donde se deshacen cadenas, brújulas, timones —lentamente como hostias— bajo un ventilador de techo gris; sin Tu Cuerpo en la tierra no sé cómo pedir perdón a una muchacha en la punta de guadaña con rocío del ala izquierda del cementerio alemán (y la orilla del mar —espuma y agua helada en las mejillas— es a veces un hombre que se afeita sin ganas día tras día). (1985)

Larga esquina de verano

¿Soy el tripulante con corona de espinas que no ve a sus alas afuera del buque, que no ve a Tu Rostro en el afiche pegado al casco y desgarrado por el viento y que no se sabe todavía que Tu Rostro es más que todo el mar cuando lanza sus dados contra un negro espigón de cocinas de hierro que espera a algunos hombres en un sol donde nieva? (1985)

Tu Rostro

Tu rostro como sangre muy oscura en un plato de tropa, entre cocinas frías y bajo un sol de nieve; Tu Rostro como una conversación entre colmenas con vértigo en la llanura del verano; Tu Rostro como sombra verde y negra con balidos muy cerca de mi aliento y mi revólver; Tu rostro como sombra verde y negra que desciende al galope, cada tarde; desde una pampa a dos mil metros sobre el nivel del mar; Tu Rostro como arroyos de violetas cayendo lentamente desde gallos de riña; Tu Rostro como arroyos de violetas que empapan de vitrales a un hospital sobre un barranco. (1985)

Tu Cuerpo y tu Padre

Tu Cuerpo como un barranco, y el amor de Tu Padre como duras mazorcas de tristeza en Tus axilas casi desgarradas. (1985)

Tengo la cabeza vendada (texto profético lejano)

Mi cabeza para nacer cruza el fuego del mundo pero con una serpentina de agua helada en la memoria. Y le pido socorro. (1978)

Tengo la cabeza vendada

Mariposa de Dios, pubis de María: Atraviesa la sangre de mi frente —hasta besarme el Rostro en Jesucristo (1982)

Tengo la cabeza vendada (textos proféticos)

Mi cuerpo —con aves como bisturíes en la frente— entra en mi alma. (1984)

El sol, en mi cabeza, como toda la sangre de Cristo sobre una pared de anestesia total. (1984)

Santa Reina de los misterios de los rosarios del hacha y de las brazadas lejos del espigón: Ruega por mí que estoy en una zona donde nunca había anclado con maniobras de Cristo en mi cabeza. (1985)

Señor: Desde este instante mi cabeza quiere ser, por los siglos de los siglos, la herida de Tu Mano bendiciéndome en fuego. (1984)

El sol como la blanca velocidad de Dios en mi cabeza, que la aspira y desgarrar hacia la nuca. (1984)

Tengo la cabeza vendada (texto del hombre en la playa)

El sol entra con mi alma en mi cabeza (o mi cuerpo —con la Resurrección— entra en mi alma). (1984)

Tengo la cabeza vendada (texto del hombre en la playa)

Por culpa del viento de fuego que penetra en su herida, en este instante, Tu Mano traza un ancla y no una cruz en mi cabeza.

Quiero beber hacia mi nuca, eternamente, los dos brazos del ancla del temblor de Tu Carne y de la prisa de los Cielos. (1984)

Tengo la cabeza vendada (texto del hombre en la playa).

Allá atrás, en mi nuca, vi al blanquísimo desierto de esta vida de mi vida; vi a mi eternidad, que debo atravesar desde los ojos del Señor hasta los ojos del Señor. (1984)

Me han sacado del mundo

Soy el lugar donde el Señor tiende la Luz que Él es.

Me han sacado del mundo

Me cubre una armadura de mariposa y estoy en la camisa de mariposas que es el Señor —adentro de mí.

El Reino de los Cielos me rodea. El Reino de los Cielos es
el Cuerpo de Cristo —y cada mediodía toco a Cristo.

Cristo es Cristo madre, y en Él viene mi madre a visitar-
me.

Me han sacado del mundo

«Mujer que embaracé», «Pabellón Rosetto», «Larga
esquina de verano»:

Vuelve el placer de las palabras a mi carne en las copas de
unos eucaliptus (o en los altos de «B», de los cuales
una vez —sólo una vez— vi a una playa del cielo recos-
tada en la costa).

Me han sacado del mundo

Manos de María, sienes de mármol de mi playa en el
cielo.

La muerte es el comienzo de una guerra donde jamás otro
hombre podrá ver mi esqueleto.

La libertad, el verano (A mi madre, recordándole el fuego)

Porque parto recién cuando he sudado y abro una canilla y
me acucillo como junto a un altar, como escondido,
y el chorro cae helado en mi cabeza y desliza su hostia
hacia mis labios, envuelta en los cabellos que la siguen.
(1976)

Vengo de comulgar y estoy en éxtasis aunque comulgué con
los cosacos sentados a una mesa bajo el cielo y los euca-
liptus que con ellos se cimbran estos días bochornosos
hasta que camino hasta las areneras del sur de la ciu-
dad —el vizcaíno, santa adela, la elisa. (1982)

Por las paredes de los rascacielos el calor y el silencio
suben de nave en nave: Obsesivo verano de fotógrafo
en fotógrafo, ojos del Arponero que rayan lo que miran,
Ser de avenidas verticales que jamás fue azotado. (1978)

Después íbamos al África cada día de nuevo —antes que
nada, antes de vestirnos— mientras rugían las fieras
abajo en el zoológico, subía un sol sangriento a sus jaz-
mines, y nosotros nos odiábamos, nos deseábamos,
gritábamos... (1978)

Instantes de anestesia, de lento alcohol de anoche todavía
en la sangre de pie de una muchacha desnuda y más do-
rada que la escoba: Necesito aferrarme de nuevo a la
llanura, al ave blanca del corpiño en la pileta de lavar,
detrás de la estación y entre las casuarinas. (1984)

Tengo la foto de dos novios que cayeron al mar. Están
vestidos de invierno, los invito a desnudarse. En las sies-
tas nos sentamos junto a la bomba de agua y nos mira-
mos: de nuevo embolsan luz los pechos de ella; él ama-
ba a los caballos y una vez intentó suicidarse. (1978)

Necesito oler limón, necesito oler limón. De tanto aspirar este aire azul, este cielo encarnizadamente azul, se pueden reventar los vasos de sangre más pequeños de mi nariz. (1969)

Y a las siestas, de pie, los guardavidas abatían la sal de sus cabezas con una damajuana muy pesada, de agua dulce y de vidrio verde, grueso, que entre todos cuidaban. (1982)

Yace muriéndose

Toda la transpiración de mi cuerpo regresará a mis ojos cuando muera el tambor donde fui formado y hablé con Él —como un niño borracho— entre sillas caídas, río crecido y juncos.

Todas las lágrimas de mi vida volverán a mis ojos; y por las hondas sedas de un pecho de caballo querré internarme, huir, refugiarme en mi casa de trozos esparcidos de ballenas: mi casa como un cuerpo de varón recién nacido en el tórrido vientre del silencio. (1985)

Yace muriéndose

Nunca más pasaré junto al bar que daba al patio de la Capitánía. No miraré la mesa donde fuimos felices:

El sol como ese lugar bajo las aguas de un río de tierra y de naranjas donde antes de aprender a caminar miré a Dios como un hombre que sabe qué es la guerra. El sol

como esas aguas de tierra y de naranjas donde sin extrañar la respiración, el aire, lo miré de este modo: «Recuerdo una victoria lejana (tantos salvados rostros que después nadie quiere recordarme) y estoy en paz con mi conciencia todavía. (1984)

Yace muriéndose

La dejé sobre un lecho de vincapervincas altas, frías, violáceas.

Por su final de arroyo, la herida de mi frente llora en las flores y agradece.

Yace muriéndose

Dentro de cuatro días llegará a Tu Océano con uno de mis soldaditos dormidos sobre sus labios. Y se dirá, sonriéndome: «Es lo poco que hace que este hombre iba al centro del sol cada mañana con un puñado de soldados de plomo. Es lo poco que hace que en el centro del sol, cada mañana, su corazón era un puñado de soldados de plomo entre gallos».

Dormido sobre sus labios

Pequeño legionario, ¡cuánto viento! Pedacito de plomo, pedacito de Sahara: Vendrán veranos no obsesivos; pasarán los hijos de mis hijos. (1978)

Yo puedo hachar todo el día pero no puedo cavar todo el día. No puedo cavar en ningún lado sin estar esperando que aparezca de pronto un soldado de plomo entre mis pies desnudos. (1978)

Para comenzar todo de nuevo

Es mi parte de tierra la que llora por los ciruelos que ha perdido.

Para comenzar todo de nuevo

El verano en que resucitemos tendrá un molino cerca con un chorro blanquísimo sepultado en la vena. (1969)

Notas

*

Corresponden al mes de marzo de 1986 los únicos textos de *Hospital Británico* que no van acompañados por su fecha de redacción. Los pertenecientes a los años 1985 y 1984 ven la luz por primera vez en este libro, mientras los de 1982, 1978, 1976 y 1969 fueron ya publicados por el autor en *Crawl*, *Legión extranjera*, *Carta de marear* y *Humanae vitae mia*.

**

Crawl fue editado por Ediciones del Dock de Argentina; en tanto, *Hospital Británico* por la Pequeña Venecia de Venezuela. La presente edición recoge los materiales compilados en esas publicaciones a excepción del texto de Eduardo Milán aparecido en la revista *Etcétera*.

VIEL TEMPERLEY: ESTADO DE COMUNIÓN*

Entrevista de Sergio Bizzio

Viel Temperley nació en Buenos Aires en 1933. Con su primer libro, a los 23 años, obtuvo la Faja de Honor de la SADE. Entre ese libro y el último volaron 30 años. Sus lectores, pocos, hablan de Viel como de uno de los mejores poetas actuales. Ahora —el presente vale— llega de una sesión de rayos y está en la cama, una frazada prolijamente doblada a la altura del pecho.

—Ojóó— hace, sonriendo, y en el piso suena el teléfono.

Por todas partes hay pequeños cuadros pintados por él o por Luisa, su mujer. Hay una biblioteca fina y alta rodeada de fotografías y un Cristo azul acosado por un bosquecillo de plantas sin flores. Viel no es un poeta de cuchilleo mallarmeano. No dice “un texto por fin real que será la explicación órfica de la tierra”, ni “un Cosmos organizado bajo el signo de la belleza”. Él dice: “Lo mío tenía que ser todo un mundo”. (Tiempo atrás, hojeando la novela de un sabio, rozado y por el eco de su éxito, se me ocurrió que la percepción de la belleza tiene que ver más con las sensaciones que con el juicio —lábil ocurrencia, pero me gusta esa antigüedad. ¿No hay un dios que desaparece automáticamente si se lo toca demasiado?) Y si habla de sus libros —en este caso *Legión*

Extranjera (1978), *Crawl* (1982) y *Hospital Británico* (1986)—, hace justamente lo contrario de las gentes que, diría Arreola, caen unas en brazos de otras sin detallar la aventura.

—Desenchufá—pide—. No quiero que me interrumpán.

Le digo que parece que hubiera entrado en escena de golpe, en este último año, cuando tiene nueve libros editados.

—Creo que eso es culpa mía. No hice ningún movimiento para acercarme. No estuve en ningún grupo. Siempre rehuí las presentaciones. Y hasta *Carta de Marear*, que apareció en 1978, había publicado cinco libros... pero yo tenía la intención de romper mi poesía; la notaba demasiado rígida, como atada a un molde, un principio, un medio, un fin: sabía qué iba decir. Después pasé de decir a ver, empezó a interesarme la poesía que me permitía no solamente esconderme sino evadirme y hacer un mundo, tener un mundo.

—¿Evadirte de qué?

—De lo excesivamente claro. Yo me destrozo en cada imagen para esconderme, pero dejo (por ejemplo en *Legión Extranjera*) citas y personajes que hacen de distintos poemas un solo poema. Así que después de esto, cuando tuve oportunidad de mandar todo al diablo, me encierro con un título, *Crawl*, y la intención de dar un testimonio de mi fe en Cristo, al que nunca había nombrado: decía “Dios”; un dios panteísta, no el hijo, el hombre. Y el hecho es que me encuentro con mi poesía al no saber cómo hacerla. Termino explicando cómo se nada, cómo poner una mano al nadar... Pero descubro que para escribir *Crawl* tengo que aprender a rezar, y empiezo a tener una relación distinta con la oración y con el aliento. Y al fin de todo consigo mencionarlo como “éste” o “ése”, con minúsculas, porque en aquel momento de mi vida espiritual

* Entrevista aparecida en *Vuelta Sudamericana*, N° 12, julio de 1987, Buenos Aires.

hubiera sido una mentira poner reiteradamente “Jesucristo”. A lo largo del libro lo nombro una sola vez. Yo no era dueño de ese nombre.

—*Más que la búsqueda de El Nombre parece la búsqueda de un nombre. ¿O pensás que sos un poeta religioso?*

—¿Un poeta religioso? No. De ninguna manera. Seré un místico, un poeta surrealista, cualquier otra cosa, pero no religioso. Hablo de marineros y de nadadores. Jesucristo aparece a través de un rufián, de un vago, de un bañero. Pongo “Besarme el rostro de Jesucristo” queriendo decir que Cristo me había llevado a besarme a mí mismo en él. En él, pero a mí mismo, eso es lo que me interesa. No me dirijo a él dejando de lado mi amor por esa chica al lado de la lámpara: lo busco ahí. Me bastó con haberlo puesto una vez. Di testimonio. Macanudo. Ya después me topo con la tapa, con el marinero de la caja de cigarros John Player... Yo creía que existía. Me lo había presentado un tío en una pieza empapelada con flores. Y recuerdo que lo quise. Pero ahí dejé de verlo y no volví a encontrarlo hasta mucho tiempo después en un atado de cigarrillos. Había soñado con él, y lo tomé como la cara de Cristo. Dios es idéntico a un marinero, tal vez un marinero judío, por la mandíbula tan fuerte, cuadrada. En lugar de un salvavidas, entonces, le pedí a un amigo que dibujara una corona de espina. Finalmente se me ocurrió acompañarlo con la diagramación. Si miras *Crawl* arriba es como un cuerpo que va nadando. Yo desplegaba el poema en el suelo y me paraba en una silla para ver dónde había algo que se saliera del dibujo. Me pasaba horas arriba de la silla fumando y mirando, y corrigiendo para que tuviera esa forma. Incluso trato de que las estrofas no tengan punto hasta la tercera parte, porque

quería que fuera un respirar, quería que cada brazada fuera una respiración. Solamente al final, cuando habla con otros hombres, hay puntos y cortes. Pero donde es pura natación, son estrofas.

—*¿Y en cuanto al leit motiv “Vengo de comulgar y estoy en éxtasis”?*

—Eso sucedió un día en que estaba terriblemente angustiado y me metí en el Santísimo, la iglesia que está acá atrás del Kavanagh. Sin embargo no soporté estar ahí adentro. Salí, me senté en el pasto, en la plaza, y tuve de pronto una sensación de éxtasis extraordinaria... Y me dije que ese era el motivo para empezar cada parte. Y en la primera sigue “aunque comulgué como un ahogado”. Eso, como un ahogado... Otra vez, yo venía caminando por el puerto, y entre una fila de plátanos sentí un ataque de Dios, el golpe de Dios, y me puse a llorar. Hay un plátano en *Crawl*. También recuerdo que cuando yo era muy chico viví en Vicente López, y todas las mañanas mamá me llevaba al río, cargado en la espalda. Yo todavía no sabía caminar. Y un día me caí al agua. Recuerdo que estaba sentado debajo del agua en paz, sin extrañar absolutamente la vida, la respiración, el mundo. Lo único que sentía era el éxtasis de ver una pared color tierra cruzada por el sol: era un manto anaranjado que yo tenía ante los ojos. Y era feliz.

—*En El Nadador escribís “...agua tan azul que el hombre / entra en ella y respiraba”.*

Respiraba el cielo. Por eso en *Crawl* me quedo tranquilo hasta que un día nublado estoy en una playa y al cerrar los ojos sale el sol y veo dos figuras blanquísimas, y me dije que iba a escribir acerca de esos dos tipos haciendo guardia en la

arena. Ese libro sería *Hospital Británico*. Yo estuve en el Británico. Caí enfermo cuando vi a mamá que quería morirse, y murió cuatro días después de que a mí me trepanaran. Habíamos pasado tres meses los dos tirados en la cama. Bueno, me operan del mate y a los dos o tres días salgo al jardín. Iba del brazo de mi mujer. Nos sentamos delante de un pabellón, al que llamo Pabellón Rosetto. Volaban unas mariposas y había unos eucaliptus muy hermosos, nada más que esto, y fui rodeado y traspasado por una sensación de amor tan intensa que me arruinó la vida en el mundo.

—¿Cómo?

—Sí, la sensación de estar rodeado por el cielo, y de que ese cielo me tocara como carne, y que podía ser la carne de Cristo y que al mismo tiempo lo tenía a Cristo adentro... Yo era amado con una intensidad que estaba en el límite de lo soportable. Eso duró una semana. Cuando volví a casa me tiré en el living y abrí la ventana para que el viento moviera la enredadera y estuve hasta el amanecer tratando de recuperar ese estado de comunión, pero no apareció nada.

—Bueno, apareció *Hospital Británico*.

El libro de un trepanado. El que escribió ese poema no existe más. Yo, en aquel entonces (no sabía que iban a darme rayos) salí volando con la cabeza abierta; iba a escribir. Se me ocurrió la solución de las esquiras, lo ordené, escribí lo que habla de la muerte de mamá... y el resto en el estado de un tipo que se había salido de la realidad porque tenía un hueco en la cabeza. Después, sí, después tienen que darme rayos. ¿Quién carajo armó todo eso? No tengo idea. Llega gente, vienen a visitarme, caen cartas, pero lo que yo tengo que ver con el efecto de ese

libro es muy poco. No soy el autor de eso como de *Crawl*. *Hospital Británico* es algo que estaba en el aire. Yo no hice más que encontrarlo. *Hospital Británico* me permite creer que me salí del mundo y no se para qué. El cielo estaba en la enfermera que pasaba...

ÍNDICE

TRES MIRADAS A <i>HOSPITAL BRITÁNICO</i>	
DE VIEL TEMPERLEY	7
Enrique Molina	7
Eduardo Milán	9
Sergio Chejfec	12
CRAWL	17
EL ESPIGÓN MÁS LARGO, EL AVISO Y EL CRAWL	21
LAS ARENERAS, JESUCRISTO Y EL DESAGÜE	31
LA CASILLA DE LOS BAÑEROS, EL PISO Y EL HOMENAJE	41
HOSPITAL BRITÁNICO	49
VIEL TEMPERLEY: ESTADO DE COMUNIÓN (Entrevista de Sergio Bizzio)	70

Crawl y Hospital Británico de Héctor Viel Temperley, se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2003, en los talleres de Casa Aldo Manuzio, Tennessee 6, Col. Nápoles 03100, México, D. F. En su composición se utilizó tipo Arrus de 11:16, 12:16 y 15:18 puntos; el tiro de la edición fue de 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición. El diseño editorial es de Margarita Pizarro y la formación de Pablo A. Graniel.